

Margaret Atwood

Oryx y Crake

PRIMERA PARTE DE UNA TRILOGÍA

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía, Nota de lectura, Clásicos mínimos
Fecha de Publicación: 03/03/2022 y 12/03/2022
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

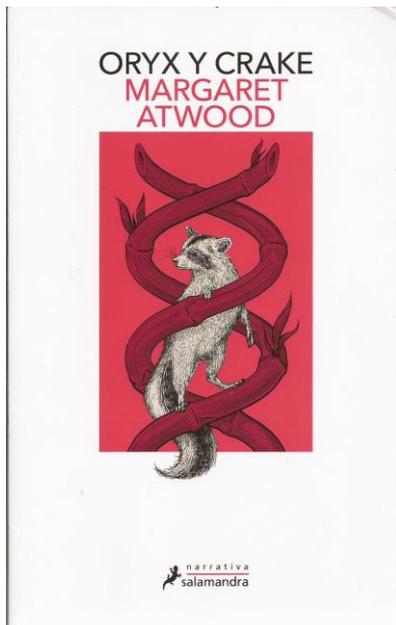
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Margaret Atwood: Oryx y Crake

Traducción del inglés de Juanjo Estrella

Barcelona, 2021, Salamandra



Sometida a los estragos de una terrible plaga, la humanidad afronta una dura y azarosa huida hacia delante. En esta primera entrega de la «trilogía de MADDADDAM» —que se completa con *El año del Diluvio* y *Maddaddam*—, Margaret Atwood nos invita nuevamente a adentrarnos en un mundo futuro tan verosímil como inquietante, elemento esencial del universo narrativo de la célebre autora de *El cuento de la criada*.

Conocido como Jimmy antes de que el planeta se viese asolado por una serie de desastres naturales, Hombre de las Nieves llora la pérdida de Crake, su mejor amigo, y de la bella y esquiva Oryx, de quien ambos estaban enamorados, mientras lucha por sobrevivir en soledad sobre la faz de la Tierra. A merced de los elementos, acechado por los recuerdos y sin más compañía que la de los Hijos de Crake, esos seres de ojos verdes que lo consideran una especie de profeta, Hombre de las Nieves se pregunta cómo ha podido cambiar todo en tan poco tiempo y emprende un doble viaje hacia su pasado y hacia la burbuja de alta tecnología creada por Crake, el lugar donde empezó todo.

Mediante una historia de amor inolvidable, Margaret Atwood aborda de forma satírica los avances de la manipulación genética y nos traslada a un futuro aterradoramente plausible que reside en el límite de lo imaginable.

«Ingeniosa y perturbadora [...]. Una obra crucial de la ficción especulativa.» *Kirkus Reviews*



Ficción especulativa y catastrofismo, distopía, en este caso con las innovaciones en ingeniería genética como protagonistas, en un mundo superpoblado y de moral decadente, profundamente desigual, desalentador y desolador, también asolado... Voz de alarma, una vez más. La ya vieja ciencia ficción se inclina hacia esa deriva pesimista y melancólica que Wells ensayó en “La máquina del tiempo” (1895), hace ya más de 125 años, como metáfora o profecía para un mundo capitalista desbocado, y que Margaret Atwood vuelve a ensayar en una trilogía narrativa de la que esta es la primera entrega, *Oryx y Crake*, que con Jimmy u Hombre de las Nieves forman un triángulo amoroso encantador en un mundo en el que se han venido abajo tantas cosas y muchas más están a punto de sucumbir por la inconsciencia y excesos de los propios protagonistas del relato.

SEXO Y VITALIDAD, AGUAS PARA UN NADADOR

El mundo de las grandes corporaciones, con sus ciudades herméticas, cerradas al exterior, sobreprotegidas, y el mundo de las “plebillas”, como llamaban al mundo exterior, animadísimo y procaz pero batido por todas las plagas de la precariedad, la inseguridad y las enfermedades, a donde podrías ir a divertirte como un bestia pero si podías procurarte todo tipo de cautelas, antídotos y protecciones. De alguna manera, el mundo de los consumidores, de los clientes de los productos cada vez más refinados y arriesgados que ofrecían esas grandes corporaciones que a la vez hinchaba sus ingresos y sus privilegios de ese cada vez más depauperado entorno. Una metáfora muy fácil de interpretar, pues, del mundo actual, principios del siglo XXI, con esas amenazas de cambio climático, superpoblación y, si se pudiera decir así también, que sí, obsolescencia programada y búsqueda de beneficio a corto plazo y caiga quien caiga... Tras el desastre, sobreviven pocos y, entre ellos, aquel Jimmy, ahora Hombre de las Nieves, para unos seres genéticamente diseñados por su amigo Crake, que él consiguió poner a salvo del laboratorio donde fueron engendrados después de la catástrofe, y que tal vez puedan sobrevivir en ese mundo desolado pues fueron diseñados como vegetarianos y sin pasiones de destrucción, precisamente las que habían llevado al hombre al desastre final. Son los Hijos de Crake. A ellos se refiere el Hombre de las Nieves en el primer texto en el que echa mano de la figura del Nadador:

Por la playa blanca – coral molido y huesos rotos – camina un grupo de niños. Seguro que han estado nadando, aún siguen mojados y brillantes. Deberían ir con más cuidado, quién sabe qué infesta la bahía, pero ellos son imprudentes, no como Hombre de las Nieves, que no mete un pie en el agua ni de noche, cuando el sol ya no puede hacerle daño. Corrección: mucho menos de noche. (p.18).

Hombre de las Nieves, en su nueva realidad de carencia y miserias, a veces oye voces que le recuerdan su pasado más brillante, cuando – de alguna manera adicto al sexo – las cosas le iban bien, aunque esas voces más tarde se convirtieran en pesadillas. Y es en una evocación de uno de esos sueños en donde aparece, de nuevo, esa metáfora del Nadador, él mismo en su plenitud soñada:

“¡Qué abdominales!”, le interrumpe la voz, que ha regresado.
“Cariño, tumbate.” ¿Quién es? Alguna puta a la que debió de pagar.
Corrección: una profesional experta en artes sexuales.
Artista del trapecio, contorsionista, con lentejuelas pegadas a la piel como escamas de pez. Odia esos ecos. Los santos los oirán, los eremitas enloquecidos infestados de piojos en sus cuevas y en sus desiertos.
Pronto empezará a ver bellas diablas que intentarán seducirlo, que se humedecerán los labios, con los pezones muy rojos y las lenguas rosadas y brillantes. De las olas surgirán sirenas, más allá

de las torres semiderruidas, y él oirá sus hermosos cantos y acudirá nadando a su llamada y se lo comerán los tiburones. Criaturas con cabeza y pechos de mujer y garras de águila caerán en picado sobre él, y él las recibirá con los brazos abiertos y será el fin.

Quemasesos.

(p.24).

Sólo en las primeras páginas de la novela aparecen Nadadores, y luego en las últimas, como veremos. En estas primeras páginas, en relación con su nuevo cuerpo amiseriado y envejecido frente a los Hijos de Crake, siempre jóvenes y desnudos, bellos e imberbes y bondadosos e ingenuos, que le han tomado por un ser excepcional amigo de su creador y que les va desvelando los misterios de su existencia y origen poco a poco, con fábulas que ellos van interpretando a su manera. Como esta vez, en la que se muestra esa extrañeza de los Hijos de Crake ante ese superviviente del hombre antiguo ya desaparecido...:

-Hombre de las Nieves, por favor, cuéntanos qué es ese musgo que te crece en la cara.

Los demás se unen al coro.

-¡Sí, por favor, cuéntanoslo, por favor! – Nada de codazos, nada de risitas, lo preguntan en serio.

-Plumas – les dice.

Esa pregunta se la repiten al menos una vez por semana y él siempre responde lo mismo. Aunque hace muy poco tiempo - ¿dos meses, tres?, ha perdido la cuenta – han acumulado ya un volumen considerable de leyendas, de conjeturas sobre él: “Hombre de las Nieves era un pájaro, pero se olvidó de volar y se le cayó el resto de las plumas, por eso tiene frío y necesita una segunda piel y ha de taparse. No: tiene frío porque come peces, y los peces son fríos. No: se tapa porque le falta lo que tienen los hombres y no quiere que lo veamos. Por eso no quiere nadar. Hombre de las Nieves tiene arrugas porque antes vivía debajo del agua y se le arrugó la piel. Hombre de las Nieves está triste porque los que eran como él se fueron volando por encima del mar y ahora está solo”.

(p.21)

Esta relación entre la figura del Nadador y la vitalidad, o su posibilidad al menos, aparece también al final de la novela cuando, en una evocación retrospectiva, Hombre de las Nieves recuerda cuando consiguió sacar del laboratorio a los Hijos de Crake y decide llevarlos al mar:

Hombre de las Nieves preparó la ruta con antelación: el almacén de Crake disponía de mapas. Llevaría a los Hijos de Crake a la costa, donde él mismo no había estado nunca. Eso le ilusionaba porque al menos vería el mar y pasearía por la playa, como en las historias que de niño

le contaban los mayores. Tal vez nadaría. No estaría tan mal.
(p.415)

Y más adelante, ya casi al final del relato – que no olvidemos que es la primera entrega de una trilogía, ya en la calle – cuando se encuentra con otros supervivientes humanos y piensa que el Nadar puede estar entre sus motivaciones a la orilla del mar...

En la arena hay una huella humana. Y otra. No son muy profundas, porque en este punto la tierra está seca, sin embargo no hay ninguna duda al respecto. Descubre un rastro entero en dirección al mar, huellas de distintos tamaños. Se aprecian mejor ahora que la arena se encuentra más húmeda. ¿Qué ha estado haciendo toda esa gente?
¿Nadar? ¿Pescar? ¿Lavarse?

Llevaban zapatos o sandalias: aquí es donde se los han quitado, aquí donde se los han vuelto a calzar. Pisa con fuerza la arena mojada con el pie sano, junto a la huella más grande: una manera de estampar su firma.
En cuanto levanta el pie, la huella se llena de agua.

Ya percibe el olor del humo, el rumor de las voces. Avanza con sigilo, como si entrara en una casa vacía en la que todavía pudiera quedar algún habitante.
¿Y si lo descubren? Un loco peludo y en cueros, sin más vestimenta que una gorra de béisbol, y que empuña un pulverizador. ¿Qué harían?
¿Gritar o salir corriendo? ¿Atacarlo? ¿Extender los brazos hacia él en alegre gesto fraternal?
(p.439)

Una puerta abierta al misterio de las relaciones. Esta primera entrega termina en ese enigma del qué pasará, y en la segunda entrega, *El año del diluvio*, con nuevos personajes y situaciones, tal vez progrese algo más en ese futuro incierto tras el desastre, tras el hundimiento de una civilización fracasada, tras la gran catástrofe, tras una suerte de Gran Guerra total devastadora... Si un día intuí que, con los tiempos que corren, una posible teoría de la literatura del futuro debiera fijarse en nuevas fórmulas de organización humana tras un hundimiento total – esa Gran Guerra anunciada y siempre a punto de estallar –, esta ficción especulativa tal vez debiera derivar hacia la operatividad de esas organizaciones sociales más que a la narración catastrofista sin aparente salida, para poder, al menos, mantener la posibilidad de una esperanza o luz al final del túnel. Pero, de todas formas, bienvenida sea esta literatura, de la que la Atwood es maestra, que sustituye a la ñoñez de psicologías burguesitas y sus pequeños problemas de papás y mamás en ruptura e hijos e hijas en rebeldía o a todo más en polis y ladrones en dinámica de persecución y barrios degradados y sus estrategias de buscarse la vida frente a ricachones insatisfechos y hasta deprimidos... Dinámicas de argumentos que no debieran interesar a nadie ya y que cada vez más son pura exhibición de persecuciones espectaculares y montajes audiovisuales retóricos y entretenidos pero que no dejan poso ninguno a un espectador cada vez más alienado. En fin, gañido de animal chiquito, mientras una crítica solvente no se despierte...

El índice de la novela es el que sigue:

Contenido

1

Mango, 15 — Desechos, 18 — Voz, 23

2

Hoguera, 29 — Granjas OrganInc, 37 — Comida, 45

3

Mediodías, 53 — Aguacero, 61

4

Mofache, 67 — Martillo, 79 — Crake, 91
Quemasesos, 99 — *Pekkeminoso*, 112

5

Puré, 121 — Pescado, 126 — Botella, 134

6

Oryx, 143 — Trino, 153 — Rosas, 158
Duendilandia, 166

7

Sveltana, 181 — Ronroneo, 190 — Azul, 201

8

GelaSoy, 211 — Cafeliz, 217 — Retórica aplicada, 224
La uni de los asperger, 233 — Loberros, 241
Hipotético, 250 — Extintatón, 258

9

Caminata, 267 — ReJuvenalia, 274 — Tornado, 283

10

Buitrear, 291 — InnoVaTe, 299 — Garaje, 304
Desamparo, 309

11

Cerdones, 319 — Radio, 323 — Muro, 329

12

Plebillas, 339 — GozzaPlus, 348
MADDADDAM, 357 — El Paraíso, 361
Crake enamorado, 368 — Comida para llevar, 380
Compartimento estanco, 386

13

Burbuja, 395 — Garabatos, 400 — Reliquias, 413

14

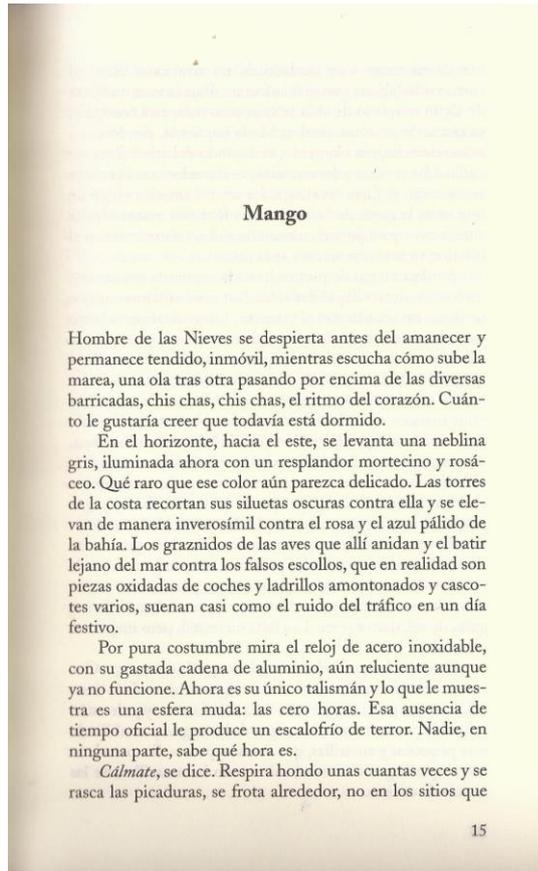
Ídolo, 423 — Sermón, 431

15

Huella, 437

Agradecimientos, 443

Y el arranque del libro con una presentación ligera del personaje Hombre de las Nieves, ya amiseriado tras la catástrofe; parecerá un poco claustrofóbico el resultado, y hasta angustioso, pero se irá abriendo a lo largo del relato con vaivenes y recuerdos del marco temporal, y eso lo irá haciendo más entretenido y brillante, en ocasiones muy brillante con la desbordante imaginación de la Atwood para hacer evocar paisajes urbanos degradados y grupos sociales pintorescos. He aquí ese arranque:



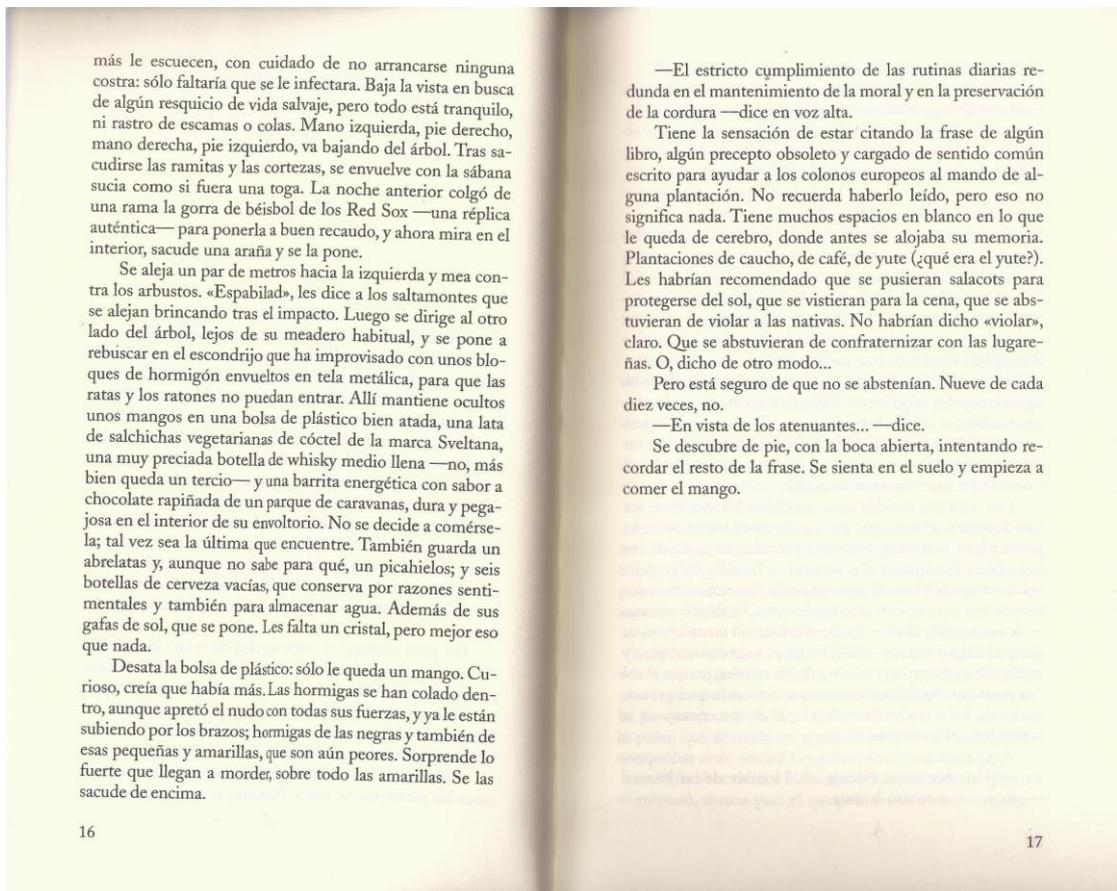
Mango

Hombre de las Nieves se despierta antes del amanecer y permanece tendido, inmóvil, mientras escucha cómo sube la marea, una ola tras otra pasando por encima de las diversas barricadas, chis chas, chis chas, el ritmo del corazón. Cuánto le gustaría creer que todavía está dormido.

En el horizonte, hacia el este, se levanta una neblina gris, iluminada ahora con un resplandor mortecino y rosáceo. Qué raro que ese color aún parezca delicado. Las torres de la costa recortan sus siluetas oscuras contra ella y se elevan de manera inverosímil contra el rosa y el azul pálido de la bahía. Los graznidos de las aves que allí anidan y el batir lejano del mar contra los falsos escollos, que en realidad son piezas oxidadas de coches y ladrillos amontonados y cascos varios, suenan casi como el ruido del tráfico en un día festivo.

Por pura costumbre mira el reloj de acero inoxidable, con su gastada cadena de aluminio, aún reluciente aunque ya no funcione. Ahora es su único talismán y lo que le muestra es una esfera muda: las cero horas. Esa ausencia de tiempo oficial le produce un escalofrío de terror. Nadie, en ninguna parte, sabe qué hora es.

Cálmate, se dice. Respira hondo unas cuantas veces y se rasca las picaduras, se frota alrededor, no en los sitios que



más le escuecen, con cuidado de no arrancarse ninguna costra: sólo faltaría que se le infectara. Baja la vista en busca de algún resquicio de vida salvaje, pero todo está tranquilo, ni rastro de escamas o colas. Mano izquierda, pie derecho, mano derecha, pie izquierdo, va bajando del árbol. Tras sacudirse las ramitas y las cortezas, se envuelve con la sábana sucia como si fuera una toga. La noche anterior colgó de una rama la gorra de béisbol de los Red Sox —una réplica auténtica— para ponerla a buen recaudo, y ahora mira en el interior, sacude una araña y se la pone.

Se aleja un par de metros hacia la izquierda y mea contra los arbustos. «Espabilad», les dice a los saltamontes que se alejan brincando tras el impacto. Luego se dirige al otro lado del árbol, lejos de su meadero habitual, y se pone a rebuscar en el escondrijo que ha improvisado con unos bloques de hormigón envueltos en tela metálica, para que las ratas y los ratones no puedan entrar. Allí mantiene ocultos unos mangos en una bolsa de plástico bien atada, una lata de salchichas vegetarianas de cóctel de la marca Sveltana, una muy preciada botella de whisky medio llena —no, más bien queda un tercio— y una barrita energética con sabor a chocolate rapiñada de un parque de caravanas, dura y pegajosa en el interior de su envoltorio. No se decide a comerse-la; tal vez sea la última que encuentre. También guarda un abrelatas y, aunque no sabe para qué, un picahielos; y seis botellas de cerveza vacías, que conserva por razones sentimentales y también para almacenar agua. Además de sus gafas de sol, que se pone. Les falta un cristal, pero mejor eso que nada.

Desata la bolsa de plástico: sólo le queda un mango. Curioso, creía que había más. Las hormigas se han colado dentro, aunque apretó el nudo con todas sus fuerzas, y ya le están subiendo por los brazos; hormigas de las negras y también de esas pequeñas y amarillas, que son aún peores. Sorprende lo fuerte que llegan a morder, sobre todo las amarillas. Se las sacude de encima.

—El estricto cumplimiento de las rutinas diarias redundante en el mantenimiento de la moral y en la preservación de la cordura —dice en voz alta.

Tiene la sensación de estar citando la frase de algún libro, algún precepto obsoleto y cargado de sentido común escrito para ayudar a los colonos europeos al mando de alguna plantación. No recuerda haberlo leído, pero eso no significa nada. Tiene muchos espacios en blanco en lo que le queda de cerebro, donde antes se alojaba su memoria. Plantaciones de caucho, de café, de yute (¿qué era el yute?). Les habrían recomendado que se pusieran salacots para protegerse del sol, que se vistieran para la cena, que se abstuvieran de violar a las nativas. No habrían dicho «violar», claro. Que se abstuvieran de confraternizar con las lugareñas. O, dicho de otro modo...

Pero está seguro de que no se abstendrían. Nueve de cada diez veces, no.

—En vista de los atenuantes... —dice.

Se descubre de pie, con la boca abierta, intentando recordar el resto de la frase. Se sienta en el suelo y empieza a comer el mango.



Margaret Atwood (Ottawa, 1939) es una de las escritoras más prestigiosas del panorama internacional. Autora prolífica traducida a más de cuarenta idiomas, ha practicado todos los géneros literarios. Entre su amplia producción destacan las novelas *Por último*, *el corazón*, *Alias Grace*, *El cuento de la criada* y *Los testamentos*, la colección de relatos *Nueve cuentos malvados* y el ensayo *Penélope y las doce criadas*, todos ellos publicados por Salamandra. Ha recibido, entre otros, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, el Governor General's Award, la Orden de las Artes y las Letras, el Premio Booker (en dos ocasiones), el Premio Montale, el Premio Nelly Sachs, el Premio Giller, el Premio Literario del National Arts Club, el Premio Internacional Franz Kafka y el Premio de la Paz del Gremio de Libreros Alemanes.

Ilustración de la cubierta: © Pepe Medina
Fotografía de la autora: © Jean Malek

«Un retrato feroz de la globalización y de un mundo que se desgarrar por sus costuras ecológicas [...]. Un libro majestuoso.» *The Washington Post*

«La visión de Atwood es lúgubre, sombría e infernal, aunque salpicada del inconfundible sentido del humor negro de la autora, no muy alejado del de Dante.» Lorrie Moore, *The New Yorker*

«Rigurosa en sus escalofriantes ideas y apasionante en su vertiginosa escenificación de lo plausible, esta soberbia novela logra provocar de manera brillante y cautivar hasta lo más hondo.» *Booklist*

«Una narración que agita nuestra conciencia social y ética.»
The Globe and Mail

«El mundo feliz de Atwood contiene una gloriosa capacidad de inventiva y es aún más estremecedor por el espejo que nos pone delante.» *The Independent*

de la misma autora

Por último, el corazón

El cuento de la criada

Alias Grace

Nueve cuentos malvados

Los testamentos

Penélope y las doce criadas

f t i @ salamandraed p penguinlibros

He aquí los otros dos tomos de la trilogía

Margaret Atwood: El año del diluvio

Traducción del inglés de Javier Guerrero Gimeno

Barcelona, 2021, Salamandra



La guía o eje de esta segunda parte de la novela de Atwood es la secta de los *Jardineros de Dios*, una especie de refugio de disidentes del mundo de las corporaciones que están arruinando la naturaleza, en una fase final de un capitalismo especulador desenfrenado. Y ahí la figura del Nadador o la Natación sólo aparece circunstancialmente, casi sólo como expresión de apoyo; así (p.378), cuando uno de los personajes principales, Toby, la recolectora y transmisora de conocimientos profundos de la naturaleza como la apicultura y los hongos, se despierta en una ocasión angustiada por la presencia de una abeja melífera, y se dice a sí misma: “*Respira, se dice. Muévete como si nadaras. No huelas a miedo*”. O un poco más adelante (p.396), en la descripción de un

adolescente por una de las muchachas del grupo de supervivientes: “Tenía el pelo rubio y húmedo, como un perro que ha estado nadando”. Y, finalmente, en un momento de angustia de otra de las muchachas del grupo, Ren, ante la necesidad de pescar (p.485): “Si hacemos una linterna, los peces nadarán hacia la luz”. Nada especial o esencial, pues, para un relato tan amplio, en donde poco a poco se ha ido pasando de la atmósfera densa y cargada tipo la *Blade Runner* clásica de Ridley Scott, a una naturaleza más desolada tipo *La máquina del tiempo* de H.G. Wells, por poner dos ejemplos clásicos y reconocibles, tal vez.

Y he aquí, finalmente, el último tomo de la trilogía:

Margaret Atwood: Maddaddam

Traducción del inglés de Antonio Padilla Esteban

Barcelona, 2021, Salamandra



La desintegración total del mundo alcanza también a los *Jardineros de Dios* y son dos de sus líderes supervivientes, Toby y Zab, quienes organizarán a los que han conseguido salir adelante de la catástrofe global; de alguna manera, una puerta abierta a una relativa esperanza. Zab va desgranando su vida de hombre

de frontera total para Toby, y entre sus recuerdos familiares dolorosos está el de su madre, Trudy, y su marido el reverendo, un ser nefasto que sabía “nadar y guardar la ropa”, y del que llegaba a dudar incluso de su paternidad biológica: “Él lo hacía todo de tapadillo; yo, delante de todo el mundo” (p.158). Un mero recurso literario o lingüístico, un simple refrán, sin apenas importancia. Poco después, sin embargo, sí aparece la figura del Nadador – Nadadora en este caso, de nuevo Toby, de alguna manera eje de esta última parte del gran relato de la Arwood – con toda la trascendencia o trasfondo que pudiera esperarse de esa figura. Es Toby, en el momento en el que ve que precisa de papel y lapiceros para escribir, un síntoma leve de que es posible aún la esperanza en lo que puede venir... una posible esperanza para ese grupo de “ecolocos”, como los podían desinar en el mundo anterior a la catástrofe, la época del caos para los más inocentes de los supervivientes, los hijos de Crake, los crakers, tal vez la nueva raza humana posible, manipulada genéticamente, germinal...

Aún así, no es fácil concentrarse en la posibilidad de un futuro: está demasiado inmersa en el presente. En el presente está Zab, puede que en el futuro no.

Ansía la llegada de la noche. Quisiera saltarse el día que acaba de empezar y sumergirse de lleno en la noche como quien se tira a una piscina en la que se refleja la luna. Ansía nadar en esa líquida luz lunar.

Pero vivir por y para la noche tiene sus peligros: las horas del día se tornan irrelevantes. Te puedes volver descuidada, pasar cosas por alto, perder el hilo [...]

No le pasa solamente a ella, y su intensa vida nocturna no es la única causa. Se ha fijado en que otros también andan medio atontados. De pronto se detienen sin venir a cuento, como si estuviesen escuchando a alguien que no está ahí, y momentos después sacuden la cabeza y se fuerzan a volver al universo tangible, se ponen a trabajar en el huerto, el vallado, las placas solares, el adosado del caserón... Resulta muy tentador dejarse llevar por la inercia, como se diría que hacen los crakers, quienes no tienen calendarios, festividades ni plazos límite, ningún objetivo a largo plazo.
(pp. 194-195).

CERDOS NADADORES

Es al final del libro último de la trilogía (p.490), cuando se van a dar una suerte de funerales por la muerte de dos de los principales personajes de aquel tiempo previo a la desgracia, Adán I, el que había sido jefe de los *Jardineros de Dios*, y Jimmy de las Nieves, el amigo de Craker y Oryx, a quien se le había confiado la supervivencia de esos krakers o hijos de Kraker, cuando surge de nuevo la figura del Nadador como nuevo emblema para los nuevos tiempos; son los cerdos

manipulados genéticamente por los humanos para obtener órganos de recambio para un futuro, órganos entre los que se incluyó, incluso, tejido cerebral, y por eso animales listos como ellos solos, los cerdone o Ser Dones para los krakers, los que van a alcanzar un protagonismo especial, pues han pactado con los humanos un acuerdo de ayuda y defensa mutua, a través de los crakers, con los que se entienden muy bien pues mutuamente entienden sus lenguajes, algo que los humanos nunca habían conseguido. Y es la escena, ya narrada por un craker, Barbanegra, a quien Toby había enseñado a escribir cuando era niño, como otra manera de hablar silenciosamente, en lo que ellos eran expertos de manera natural... La escena sucede tras una batalla en la que logran liberarse de los dos últimos "hombres malos" que hacían peligrar al grupo de supervivientes.

Y envolvieron al hombre Adán en una sábana color rosa y le pusieron una almohada rosa debajo de la cabeza. Todos estaban tristes, nadie hablaba. Algunos de los Ser Dones fueron a nadar en la piscina, una actividad que les gustaba muchísimo.

Y al día siguiente salimos hacia aquí, hacia el caserón. Los Ser Dones cargaron con Adán, lo llevaron sobre unas ramas, cubierto de flores, junto con el Ser Don muerto, el cual pesaba mucho y no era fácil de transportar.

También llevaron a Jimmy de las Nieves, a pesar de que no estaba muerto, no cuando empezamos a andar. Ren caminaba a su lado cogiéndolo de la mano, sin parar de llorar puesto que Jimmy era su amigo; y Corzier iba a su lado y la ayudaba.

Es ya hacia el final melancólico del largo relato, con esos crakeers en estado de pureza original y esos cerdos, Ser Don, omnívoros y Nadadores felices, inconscientes todos también ante la muerte. Una puerta, por ello, abierta a la esperanza tras el lógico hundimiento de un mundo desahuciado.

